

TEATRO

Un trágico sin salida

'EL CAFÉ DE NEGRÍN'

Autor: José Ramón Fernández./ Director: Ernesto Caballero./ Reparto: José L. Esteban, David Luque, Lola Manzano, Paco Ochoa, Iñaki Rikarte, Pedro Ocaña./ Escenografía: Curt Allen Wilmer./ Iluminación: Cornejo./ Escenario: Sala Princesa del Centro Dramático Nacional.
Calificación: ★★★★★

JAVIER VILLÁN / Madrid

El café de Negrín debiera titularse en realidad *La tragedia de Negrín*. Ahí está la sustancia dramática del último estreno de José Ramón Fernández. El resto, una conmovedora lección de historia, un lugar, una conciencia regeneracionista: una ocasión frustrada. De esta evocación de la Residencia de Estudiantes al hilo de los recuerdos de Moreno Villa, gran personaje y poeta menor del 27, pueden sacarse conclusiones éticas, educacionales, políticas; y un clima de progreso y tolerancia que Fernández y Caballero recrean con pulso y equilibrio.

Como evocación histórica suscita la eterna y repetida pregunta: ¿qué es España? ¿El país fratricida lleno de cafres a los que les da por matarse entre ellos de vez en cuando? ¿O ese país soñado por Jiménez Fraud y todos los residentes de la Colina de los chopos, apuntalado en la ciencia de Negrín y Severo Ochoa, en el pensamiento de Unamuno en la educación de Ángel Llorca y Justa Freire?

Sólido reparto muy bien conjuntado (Esteban, Luque, Ochoa, Rikarte, Ocaña) en el que Lola Manzano (Justa Freire) encuentra, al fin, un papel digno de sus posibilidades. Sabemos lo que pudo ser España cuando proyectos como la Residencia y una corrien-

te de progreso y libertad fueron cruentamente cancelados por la Guerra del 36; sabemos lo que es ahora con los viejos fantasmas endemoniando de nuevo la casa. Cercenada la tendencia regeneradora y científica, parece que perdura la línea cafre y la impostura.

La colmena científica, el laboratorio de la Residencia, es historia. Pero la esencia dramática la aporta la personalidad rota y fragmentada del profesor Negrín, un investigador fracasado y un político derrotado y maldito.

¿Quién se acuerda ahora de que, por consejo de Ramón y Cajal, se quedó en España en vez de aceptar suculentos empleos en universidades extranjeras? ¿Quién se acuerda de sus libros, de su excelencia como científico, de que fue protector de Severo Ochoa? Por eso, el momento cumbre es cuando, metido de lleno ya en política, promete los salvoconductos a Ochoa y le invita

Lola Manzano (Justa Freire) encuentra, al fin, un papel digno de sus posibilidades

sarcásticamente a pasarse a los rebeldes.

Frustrado en todo, presiente su derrota por las armas; y la expatriación antigua y sacrificada se le hace ahora inevitable. Tras la derrota, ni siquiera su condición de presidente del Gobierno en el exilio le salvó de la ignominia y la calumnia. Nadie le hizo caso; ni como científico ni como político.